



EL APARCERO*

El barón René du Treilles me había dicho:

—¿Quiere venir conmigo al levantamiento de la veda en mi finca de Marinville? Me encantaría que lo hiciera, amigo. Por otra parte, estoy completamente solo. La caza es de un acceso tan difícil y la casa donde paso la noche tan primitiva que no puedo invitar más que a los amigos muy íntimos.

Acepté.

Partimos, pues, el sábado en tren, tomando la línea férrea de Normandía. Nos apeamos en la estación de Alvimare, y el barón René, señalándome una galera enganchada a un asustadizo caballo, sujeto por un alto campesino de blancos cabellos, me dijo:

—Aquí tiene nuestro carruaje, amigo.

El hombre le dio la mano a su amo, y el barón se la estrechó con fuerza al tiempo que preguntaba:

—¿Qué?, compadre Lebrument, ¿cómo anda todo?

—Como siempre, señor barón.

Montamos en esa especie de gallinero suspendido y sacudido sobre dos enormes ruedas. Y el joven caballo, tras una violenta reparable, partió al galope haciéndonos saltar por los aires como balas, y cada recaída en el asiento de madera me hacía un daño horrible.

* «Le fermier», *Le Gaulois*, 11 de octubre de 1886; incluido en el volumen póstumo *Le colporteur* (1900).



El campesino repetía con su voz calma y monótona:

—Vamos, vamos, tranquilo, Moutard, tranquilo.

Pero Moutard no hacía ningún caso y daba saltos como un cabrito.

Nuestros dos perros, detrás de nosotros, en la parte vacía de la caja, se habían enderezado y olisqueaban el aire de los llanos por los que cruzaba el olor de la caza.

El barón miraba a lo lejos, con ojos tristes, la gran campiña normanda, ondulante y melancólica, semejante a un inmenso parque inglés, a un parque desmesurado, donde los patios de las alquerías rodeados de dos o cuatro hileras de árboles, con manzanos achaparrados que vuelven invisibles las casas, dibujan hasta donde se pierde la vista unas perspectivas de sotos, de bosquecillos y de maticos que persiguen los jardineros artistas al diseñar las propiedades principescas. Y René du Treilles murmuró de repente:

—Me gusta esta tierra; aquí tengo mis raíces.

Era un normando de pura cepa, alto y fornido, un poco panzón, de la vieja casta de los aventureros que iban a fundar reinos en las riberas de todos los océanos. Tenía unos cincuenta años, diez años menos quizá que el aparcerero que nos llevaba. Éste era un tipo flaco, un campesino que era un costal de huesos cubiertos de piel sin carne, uno de esos hombres que viven un siglo.

Tras dos horas de marcha por unos caminos pedregosos, a través de aquella verde planicie siempre igual, la galera entró en uno de esos patios con manzanos y se detuvo delante de un viejo edificio ruinoso en el que una vieja sirvienta esperaba al lado de un mozo que cogió el caballo.

Entramos en la alquería. La cocina ahumada era alta y espaciosa. Los objetos de cobre y las lozas brillaban, iluminados por los reflejos del hogar. Un gato dormitaba sobre una silla; un perro dormía debajo de la mesa. Olía, allí dentro, a leche, a manzana, a humo y a ese olor innombrable de las viejas casas de campo, olor a suelo, a paredes, a muebles, olor a viejas sopas derramadas, a viejos fregados y a



viejos moradores, olor a bestias y a personas mezcladas, a cosas y a seres, olor del tiempo, del tiempo pasado.

Volví a echar un vistazo al patio. Éste era muy grande, lleno de manzanos añosos, chaparros y retorcidos, y cubiertos de frutos, que caían en la hierba, en derredor de ellos. En aquel patio, el aroma normando a manzana era tan intenso como el de los naranjos floridos en las riberas del Sur.

Cuatro ringleras de hayas rodeaban este recinto. Eran tan altas que parecían alcanzar las nubes a esa hora del ocaso, y sus copas, por entre las que pasaba el viento del atardecer, se agitaban y dejaban escapar un lamento interminable y triste.

Volví adentro. El barón se estaba calentando los pies y escuchaba a su aparcero hablar de las cosas del lugar. Hablaba de matrimonios, de nacimientos, de muertos y luego de la baja de los precios de los cereales y de las noticias relativas al ganado. La Veularde (una vaca comprada en Veules) había tenido su becerro a mediados de junio. La producción de sidra no había sido gran cosa el año anterior. Las manzanas reinetas continuaban desapareciendo en la comarca.

Luego cenamos. Fue una buena cena campestre, sencilla y abundante, larga y tranquila. Y, mientras duró la cena, observé la especie de particular familiaridad amistosa que me había sorprendido de entrada entre el barón y el campesino.

Fuera, las hayas seguían gimiendo bajo el empuje de las ventoleras nocturnas, y nuestros dos perros, encerrados en un establo, plañían y ladraban de un modo siniestro. El fuego se apagó en la gran chimenea. La sirvienta había ido a acostarse. El compadre Lebrument dijo a su vez:

—Si me permite, señor barón, iré a acostarme. No tengo costumbre de recogerme tarde.

El barón le dio la mano y le dijo:

—Vaya, amigo —con un tono tan cordial que le pregunté cuando hubo desaparecido el hombre:

—Le es fiel ese aparcero, ¿no?



—Más que eso, amigo, es un drama, un viejo drama muy sencillo y muy triste el que me une a él. Le contaré la historia...

*

Ya sabe usted que mi padre fue coronel de caballería. Había tenido de ordenanza a este mozo, hoy un anciano, hijo de un aparcerero. Luego, al retirarse mi padre, tomó como criado a ese soldado que contaba unos cuarenta años. Yo tenía treinta. Vivíamos entonces en nuestro castillo de Valrenne, cerca de Caudebec-en-Caux.

En aquel tiempo, la doncella de mi madre era una de las más bonitas que imaginarse pueda, rubia, espabilada, animosa, delgada, una verdadera doncella, la antigua doncella hoy día desaparecida. Actualmente, estas criaturas no tardan en convertirse en mujerzuelas. París, merced a los ferrocarriles, las atrae, las llama, se apodera de ellas no bien florecen, esas reales mozas que antaño seguían siendo simples sirvientas. Cualquier hombre de paso, como en otro tiempo los sargentos reclutadores buscaban quien se alistara, se las camela y corrompe, y no nos quedan ya como criadas más que los desechos de la raza femenina, todo cuanto es tosco, vulgar, ordinario, deforme, demasiado feo para la galantería.

Así pues, esta muchacha era encantadora, y yo la besaba algunas veces en los rincones oscuros. Nada más; oh, nada más, se lo juro. Ella era decente, por otra parte; y yo respetaba la casa de mamá, cosa que ya no hacen los granujas de hoy día.

Ahora bien, sucedió que el ayuda de cámara de papá, el antiguo veterano, el viejo aparcerero que acaba usted de ver, se enamoró perdidamente de esta muchacha, pero enamorado de una manera inconcebible. Al principio, notaron que se olvidaba de todo, que no pensaba ya en nada.

Mi padre le repetía sin cesar:

«Vamos, Jean, pero ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo?».

Él respondía:



«No, no, señor barón. No me pasa nada».

Adelgazó; luego rompió vasos mientras servía la mesa y dejó caer platos. Pensaron que estaba aquejado de una enfermedad nerviosa y se hizo venir al médico, que creyó observar los síntomas de una afección de la médula espinal. Entonces mi padre, lleno de solicitud para con su servidor, se decidió a mandarle a una casa de salud. El hombre, ante esta noticia, confesó.

Eligió una mañana mientras su amo se afeitaba y con voz tímida dijo:

«Señor barón...».

«Sí, mozo.»

«Lo que yo necesitaría, ¿sabe?, no son medicamentos...»

«Ah, ¿qué, pues?»

«Casarme.»

Mi padre, estupefacto, se dio la vuelta:

«Pero ¿qué dices? ¿Qué dices?... ¿eh?»

«Casarme.»

«¿Casarte? Entonces, ¿estás... enamorado..., pilló?»

«Así es, señor barón.»

Y mi padre rompió a reír con tal falta de moderación, que mi madre gritó desde el otro lado de la pared:

«¿Qué te pasa, Gontran?».

Él respondió:

«Ven aquí, Catherine».

Y cuando ella hubo entrado, le contó, con los ojos inundados de lágrimas de alegría, que el tontaina de su ayuda de cámara estaba simplemente enfermo de amor.

En lugar de reír, mamá se enterneció.

«¿A quién quieres así, mozo?»

Él declaró sin vacilar:

«A Louise, señora baronesa».

Y mamá prosiguió con semblante serio:

«Vamos a tratar de arreglarlo del mejor modo posible».



Se llamó, pues, a Louise, que fue sondeada por mi madre; y ella respondió que conocía perfectamente la pasión de Jean, que éste se le había declarado varias veces, pero que ella no le quería. Se negó a decir el porqué.

Y pasaron dos meses, durante los cuales papá y mamá no dejaron de presionar a la muchacha para que se casara con Jean. Como ella juraba que no amaba a ningún otro, no podía aducir ninguna razón seria en favor de su negativa. Papá venció, finalmente, su resistencia gracias a un gran regalo en dinero, y se acordó establecerlos, como aparceros, en las tierras en que hoy nos encontramos. Dejaron el castillo, y no los volví a ver por espacio de tres años.

Al cabo de tres años, supe que Louise había muerto del pecho. Pero mi padre y mi madre murieron a su vez, y pasaron otros dos años sin que volviera a ver a Jean.

Finalmente, un otoño, hacia finales de octubre, se me ocurrió venir a cazar a esta propiedad, mantenida con esmero, y que mi aparcerero afirmaba era muy abundante en caza.

Llegué, pues, una tarde, una tarde de lluvia, a esta casa. Me quedé estupefacto al encontrar al antiguo soldado de mi padre totalmente canoso, por más que no tuviera más que cuarenta y cinco o cuarenta y seis años.

Le hice cenar enfrente de mí, en esta misma mesa donde nos encontramos ahora. Llovía a cántaros. Se oía percutir el agua sobre el tejado, los muros y los cristales, caer en forma de diluvio en el patio, y mi perro ladraba en el establo, como hacen los nuestros esta noche.

De repente, después de que la sirvienta se hubiera ido a acostarse, el hombre murmuró:

«Señor barón...».

«¿Qué, compadre Jean?»

«Tengo una cosa que decirle.»

«Di, Jean.»

«Es que es... difícil.»

«Habla igualmente.»



«Recordará usted a Louise, mi mujer.»

«Por supuesto que la recuerdo.»

«Pues bien, me encargó una cosa para usted.»

«¿Qué cosa?»

«Una..., una..., ¿cómo diría?, una confesión...»

«¡Ah!..., ¿el qué, pues?»

«Es..., es..., me gustaría no tener que decírselo a pesar de todo..., pero tengo que hacerlo..., tengo que hacerlo..., en fin..., ella no murió de mal de pecho..., sino..., sino... de disgusto... Eso es, ahora se lo explico mejor.

»Desde que vinimos aquí empezó a adelgazar; cambió, después de seis meses estaba irreconocible, señor barón. Estaba como yo antes de casarme con ella, sólo que a la inversa, completamente a la inversa.

»Llamé al médico. Éste dijo que ella estaba enferma del hígado, que tenía una..., una hepatitis. Entonces yo compré medicamentos y más medicamentos por valor de unos trescientos francos. Pero ella no quería tomárselos, no quería en modo alguno; decía: “No vale la pena, mi pobre Jean. No van a servir de nada”.

»Yo veía que tenía un mal dentro. En una ocasión me la encontré llorando y no sabía qué hacer, no lo sabía. Le compré cofias, vestidos, pomadas para el cabello, pendientes. No sirvió de nada. Comprendí que iba a morir.

»Una noche de finales de noviembre, una noche en que nevaba, en que ella no se había levantado de la cama durante todo el día, me dijo que fuera a llamar al cura. Fui.

»Apenas hubo llegado, me dijo: “Jean, escucha”, me dijo, “quiero hacerte una confesión. Te la debo. Escucha, Jean. Nunca te he engañado, nunca. Ni antes ni después de casarnos, nunca. El señor cura aquí presente puede decírtelo, él que conoce mi alma. Pues bien, escucha. Jean, si yo me muero es porque no he podido consolarme de no seguir en el castillo... porque... tenía..., sentía mucha amistad por el señor barón René. Mucha amistad, quiero decir que nada más que amistad. Por esto me muero. Cuando dejé de verle, sentí que



me moría. De haber podido verle, no me habría muerto. Verle solamente, nada más. Debes decírselo algún día, una vez que yo ya no esté. Díselo. Júramelo... ,júramelo... Jean, delante del señor cura. Es un consuelo saber que un día lo sabrá, que habré muerto por esto... Sí..., júramelo...”.

»Se lo prometí, señor barón. Y he mantenido la palabra dada. Calló, con los ojos fijos en los míos.

¡Por Cristo bendito!, amigo, no puede hacerse una idea de la conmoción que me produjo oír a ese pobre diablo, a cuya mujer yo había matado sin saberlo, contármelo así, en esa noche de lluvia y en esta cocina.

Balbuocé:

«¡Mi pobre Jean!, ¡mi pobre Jean!».

Él murmuró:

«Así son las cosas, señor barón. No podemos hacer nada, ni uno... ni otro... Eso es lo que sucedió...».

Yo le cogí las manos a través de la mesa y me eché a llorar.

Él preguntó:

«¿Quiere venir a la tumba?».

Yo asentí con la cabeza, pues ya no podía hablar.

Él se levantó, encendió un farol, y partimos en medio de la lluvia, cuyas gotas oblicuas, rápidas como flechas, iluminaba bruscamente nuestra luz.

Abrió una puerta y vi unas cruces de madera negra.

Dijo de repente: «Ahí está», delante de una lápida de mármol, y colocó encima su farol para que yo pudiera leer la inscripción:

A LOUISE HORTENSE MARINET
Esposa de Jean-François Lebrument
hacendado

FUE UNA FIEL ESPOSA. ¡QUE DIOS LA TENGA EN SU GLORIA!



Estábamos de rodillas en el barro, él y yo, con el farol entre nosotros, y yo miraba cómo percutía la lluvia sobre el mármol blanco, rebotaba en forma de polvillo de agua y luego chorreaba por los cuatro bordes de la piedra impenetrable y fría. Y pensé en el corazón de la que había muerto. ¡Oh, pobre corazón!, ¡pobre corazón!...

*

Desde entonces, vuelvo aquí todos los años. Y, no sé por qué, me siento turbado como un culpable delante de ese hombre que tiene siempre el aire de perdonarme.

